

## CAPITULO XXXIII.

Situación de España á la caída del imperio romano.

La gran irrupción de bárbaros en el imperio romano, de que en otro lugar hemos hablado, no solamente produjo grandes cambios en el territorio objeto principal de sus miras, si que tambien vino á ejercerlos en las provincias dependientes de aquel.

El cambio tan radical operado con motivo del asalto de Roma por los soldados de Alarico, nos trae necesariamente á ver cuál era la situación de Europa en la época de aquel importante acontecimiento.

Porque aun cuando no podemos en absoluto dar por terminada la dominación romana, de hecho lo quedó ya desde el momento en que la púrpura imperial quedaba á merced del primer audaz que quería investírsela ó investir con ella á quien mejor le parecia.

A principios del siglo V los vándalos, los suevos y los alanos cayendo sobre las Galias, si bien fueron detenidos un momento por los francos, presto con nuevos auxiliares tomaron la revancha, llegando hasta los Pirineos, al pié de cuyos erizados breñales se detuvieron dudando sobre lo que habian de hacer.

Precisamente la situación de España entonces era harto deplorable.

Los partidarios de Máximo, de Constante y de Jeroncio disputábanse con encarnizamiento los pedazos de aquella púrpura romana que tan por el suelo habian arrastrado los últimos emperadores.

Hay quien opina que este les llamó á España para sostener su vacilante poder; pero, bien fuera esto, bien que excitada su rapacidad por las descripciones que de España tuvieron, bien que su misma curiosidad les alentara, desgajáronse de lo alto de aquellos montes, y cual destructora tromba llevaron á sangre y fuego todo el país que atravesaban.

Aterrados los naturales, no se atrevían á oponer resistencia alguna; y á la par que Alarico penetraba en la antigua metrópoli romana, Gunderico que acudillaba á los vándalos, Alacio que era el jefe de los alanos, y Hermanrico ó Hermenerico que regia á los suevos, inauguraban en España una serie de horrores superiores á cuanto pudiéramos decir.

No podemos achacar mas que á envidia, ó mejor dicho á la ignorancia suprema de aquellos bárbaros, la destrucción de todo cuanto sintetizaba la civilización romana.

¿Qué era para ellos un monumento? ¿qué significación tenia un arco de triunfo, un templo ó un palacio?

Ninguna, puesto que ellos jamás lo habian necesitado, puesto que en medio de sus bosques todo eso era desconocido.

Quizás la envidia tambien debió unirse á su ignorancia. Quizás envidiosos porque hubieran otros pueblos que disfrutaran comodidades y beneficios desconocidos para ellos, tratarían de destruir todo aquello, á fin de que quedaran reducidos á su misma condicion.

De otra manera no se concibe, no puede concebirse la inmensa devastación por aquellas hordas feroces.

Por donde quiera que pasaban, bien fueran fértiles llanuras, bien hermosas ciudades, no quedaba otra cosa que yermos campos ó hacinados escombros.

La ruina, el pillaje, el incendio y la matanza eran la horrorosa huella que iban dejando tras de sí.

El hacha y la tea eran prodigadas hasta la saciedad por aquellas gentes bárbaras.

Y, á causa de esto, veíanse por aquellos caminos grandes caravanas de gentes que huían amedrentadas, y que sin poder sofocar aquella vertiginosa carrera, sucumbían, bien á la inelencencia de las estaciones, bien á la falta de alimento, bien á los dolores y á las penalidades de una situación semejante.

Y los cadáveres quedaban insepultos, y las gentes llegaron al extremo de alimentarse con carne humana, segun varios historiadores refieren, citándose el caso de una madre que se habia alimentado sucesivamente con la carne de sus cuatro hijos (1), por cuya razon sus compatriotas indignados la apedrearón.

A los horrores del hambre siguieron muy pronto los de la peste, su natural compañera.

«La cólera divina, segun dice muy oportunamente un escritor contemporáneo, parecia querer descargar entera sobre la desventurada España.»

Por fin, los bárbaros se cansaron de matar y destruir.

Varias ciudades, aunque muy pocas, trataron de resistirles; pero sus generosos alardes solo sirvieron para irritar doblemente al vencedor.

Los bárbaros se repartieron aquellos montones de ruinas, se dividieron á su antojo los habitantes que en ellas quedaron, y por efecto de esta repartición tocó á los suevos la Galicia, á excepcion de algunos pueblos de las montañas, que merced á su posición y á su esfuerzo pudieron conservar su independencia; á los alanos la Lusitania y la Tarraconense, y á los vándalos la Bética, á la que se dió el nombre de Vandalucía, hoy Andalucia.

Y Roma, atenta solo á lo que en su recinto pasaba, ni podia hacer nada en pro de aquellas provincias, ni aun nada pudo hacer tampoco por sí propia.

(1) Crónica de Idacio.—Orosio, lib. VII.

En el capitulo anterior dijimos que Roma la soberbia, la señora del mundo habia caído finalmente en poder de Alarico, cuyos feroces soldados vengaron con creces cuantas depredaciones, cuantas tiranías ejerciera ella respecto á otros pueblos.

Diez y seis dias estuvo entregada al pillaje y al saqueo, ella que habia saqueado y abandonado al furor de sus legiones tantos pueblos.

Con razon sobrada dice el erudito Lafuente, «por la espada pereció la que por la espada se habia engrandecido.»

Entre las palabras del Profeta y la suerte que Roma estaba sufriendo, existe una semejanza extraordinaria, de la cual se hacen cargo varios historiadores, porque efectivamente parecen haber sido escritas para ella.

«Esto ha dicho el Señor: Ved un pueblo que vendrá de la tierra del Aquilon, y una gran nacion se levantará de las extremidades de la tierra (1).»

Y efectivamente un pueblo habia ido de las regiones del Norte, y una nacion poderosa llegó á formarse de aquel pueblo.

En aquellos largos dias de saqueo y de matanza, de destrucción y de incendio, todo quedaba aniquilado por el bárbaro vencedor.

Los hombres eran degollados; las matronas y las doncellas quedaban hechas esclavas.

Destruíase por el solo placer de hacerlo; se mataba sin razon, sin necesidad alguna.

«¿Quién hubiera pensado jamás que Roma, tan altamente ensalzada por sus victorias, habria de perecer, y que despues de haber sido la madre de los pueblos habia de ser su sepulcro (2)?» Así escribia san Jerónimo, y verdaderamente que la muerte de Roma fue la muerte de todos los demás pueblos.

Señora del mundo conocido, al caer ella, arrastraba tambien en su caída á todas las naciones de que hiciera sus provincias.

¡Cuán ajenos estaban los destructores de Roma que á cada golpe de sus toscas hachas estaban evocando otra civilización mas poderosa, mas imperecedera que la que trataban de aniquilar!

Precisamente en aquellos momentos de general desconcierto, de luto y devastación, tenia lugar en Roma un episodio del cual se ocupan todos los historiadores, y que positivamente tiene una gran significación.

Alarico ha dado orden para que los vasos sagrados de que se sirven los sacerdotes cristianos sean conducidos con religioso respeto y con gran pompa desde el monte Quirinal al Vaticano.

Cesa el pillaje y el saqueo; suspéndese el incendio y la destrucción, y entre dos filas formadas por aquellos feroces soldados, los ministros del Dios de la justicia y de la misericordia van conduciendo las reliquias de los Mártires, á la par que cantan piadosos salmos.

Semejante ceremonia es harto significativa. Es mas elocuente que cuanto pudiéramos decir.

Las hordas de Alarico habian traído desde sus bosques, desde sus incultas soledades el principio fecundante, el germen de una nueva idea religiosa, que habia de cambiar la faz del mundo, y ellos eran los providenciales instrumentos que habian de hacerla triunfar.

Por eso los corrompidos emperadores se hundían abrazados á las deidades del paganismo que protegieran; por eso toda su civilización se derrumbaba con ellos.

La sociedad pagana trataba de luchar todavia.

Quería sostenerse contra la idea cristiana, y las rudas armas de aquellos bárbaros acudieron á sostenerla y á hacerla triunfar.

Alarico habia dado orden de que se respetaran los templos cristianos, y no se matase á los que en ellos se refugiaran.

¡Admirables decretos de la Providencia!

¡Cuántos de aquellos que mas habian perseguido al Cristianismo debían la salvación á lo mismo que tanto combatieron!

Cuando los godos, cargados de un botin considerable, se retiraron á la Italia meridional, la nueva idea, la gran civilización del porvenir, quedaba implantada para siempre entre los escombros de Roma, entre los incendiados restos de sus templos.

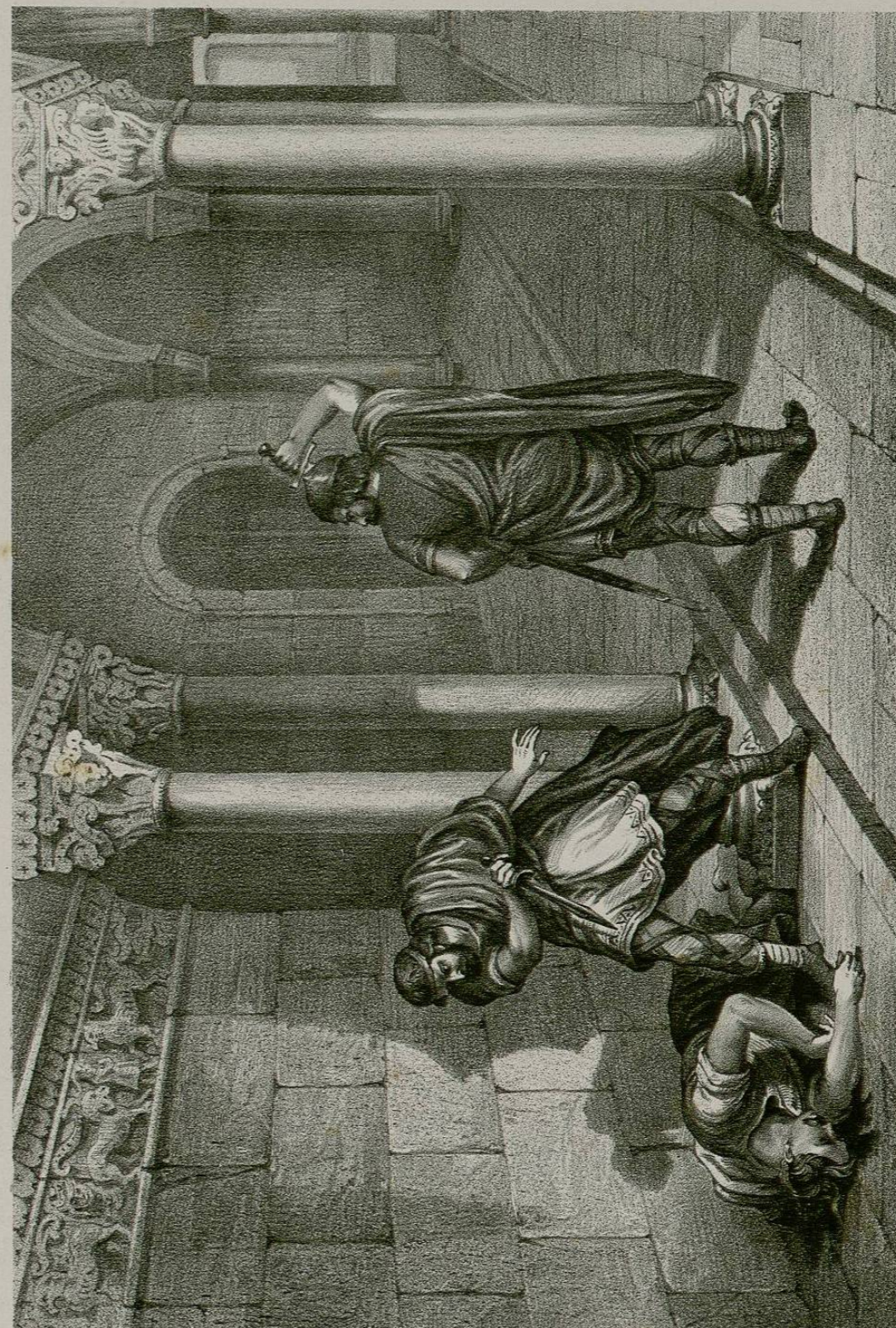
Poco tiempo sobrevivió Alarico al grande acontecimiento de que fuera el principal agente.

Cual si su providencial misión hubiera terminado, apagóse la vida en aquel cuerpo robusto y fuerte, sucediéndole su cuñado Ataulfo en el mando de aquel pueblo atrevido y fuerte.

Tal vez el nuevo rey pensara fundar un imperio godo sobre las ruinas de aquel imperio romano que su cuñado acabara de destruir, pero quizás no le pareciera oportuno el momento; tal vez comprendería que su pueblo, habituado á otras costumbres y á otras prácticas, no se encontraba dispuesto á recibir las leyes de un sistema de gobierno completamente nuevo, y antes que exponerse á sostener con él una lucha de dudosos resultados, decidió prestar su ayuda á Honorio, á quien ofreció su amistad, que este aceptó de buen grado, mas bien movido por las circunstancias que por el afecto que á los godos tenia.

(1) Jerem. vi. 22.

(2) Hieronym. ad Eustochium.



ASESINATO DE ATAULFO.

## CAPITULO XXXIV.

Desporio de Ataulfo con Placidia, hermana de Honorio. — Constancio. — Asesinato de Ataulfo. — Corto reinado de Sigerico.

En virtud de los tratos hechos por Ataulfo con Honorio, dirigióse este hacia las Galias al objeto de vencer á toda aquella turba de tiranuelos que sucesivamente habian estado obteniendo su posesion.

No transcurrió mucho tiempo sin que Narbona, Tolosa, Burdeos y todo el país que desde Marsella se extiende hasta el Océano estuviese en su poder.

Entonces el caudillo de los godos determinó tras de tantos afanes, y para dar tregua un instante á sus bélicas ocupaciones, satisfacer las apasionadas aspiraciones de su alma.

Entre las cautivas que hicieran en Roma los soldados de Alarico, encontrábase Placidia, hermana de Honorio, é hija, como es consiguiente, del gran Teodosio.

Ataulfo se habia prendado de ella, y aun cuando en distintas ocasiones la pidiera por esposa á su hermano, dándole con esto una prueba de la deferencia con que le tratara, encerrándose el estúpido emperador en una negativa absoluta, no comprendia que al obrar el jefe godo del modo que lo hacia, le concedia mas de lo que debiera, puesto que Placidia le correspondia por derecho de conquista, y podia hacer de ella lo que mejor le pareciese, igualmente que de las otras mujeres que como esclavas tenia.

Pero Honorio no obraba por sí solo.

Aquella sombra de emperador no tenia voluntad propia ni iniciativa para nada. Constancio, su favorito á la sazón, era quien le aconsejaba de tal modo, pues tambien se hallaba enamorado de Placidia.

Ataulfo irritóse por fin de tanta tenacidad, y concluyó por donde debiera haber empezado.

Desposóse con la jóven en Narbona á despecho de su hermano y del celoso Constancio, presentándose el godo en aquella ceremonia vestido á la romana, ostentando Placidia el traje y las riquezas de una emperatriz (1).

«De esta manera, exclama D. Modesto Lafuente, un godo venido de la Escitia se desposaba con la hija del gran Teodosio, llevándole en dote los despojos del imperio de su padre.»

Grande era la influencia que este casamiento habia de ejercer en nuestra España.

Irritado Constancio por la pérdida que respecto al amor de Placidia concibiera, á la vez que aconsejaba á Honorio que exigiera del monarca godo la devolucion de su hermana, procuraba llevar á cabo empresas en premio de las cuales no tuviera Honorio mas remedio que concederle el bien que ambicionaba.

Y mereció á esto y á los merecimientos que por otra parte Ataulfo trataba de hacer, para conseguir una total reconciliacion con su cuñado, este se iba encontrando libre de los enemigos que le estorbaban, sin necesidad de hacer grandes esfuerzos por su parte.

Constancio lleno de ambicion, y pensando tal vez que algun dia por medio de su enlace con Placidia podria llegar á vestir aquella tan codiciada púrpura imperial, habia hecho una guerra sin tregua á todos los usurpadores de quienes en otros lugares hemos hablado.

Todos habian sido sentenciados á muerte, suicidados ó muertos en el campo de batalla, no valiendo á Constantino el de las Galias haberse ordenado de sacerdote para librar la vida.

De este modo, segun dice muy oportunamente un escritor, los dos rivales, el esposo y el amante de Placidia, proporcionaban sin cesar triunfos al imbécil Honorio.

Porque Ataulfo, del mismo modo que Constancio hiciera decapitar á Constantino en las Galias, hizo sufrir á Jovino la misma suerte.

Sin embargo, esto no satisfacía, no podia satisfacer por ningun estilo á Honorio, mejor dicho á Constancio, que no dejaba de aconsejar á su señor que exigiese, á pesar del casamiento verificado ya, la devolucion de su hermana.

Y de tal manera fueron las exigencias, á tal extremo llegaron, que Ataulfo no tuvo mas remedio que romper abiertamente con el Emperador, arrojando como era consiguiente todas las consecuencias de un paso semejante.

Precisamente esto era lo que buscaba el ministro de Honorio; creyóse por un momento capaz de hacer recobrar al abatido imperio romano su antigua fuerza y poderío, y para este efecto, aliándose con otras tribus bárbaras, tambien creyó fácil la realizacion de su empresa.

Deshechas las amistades, empezaron los soldados de Constancio á hostilizar á Ataulfo; pero este, que indudablemente meditaba tal vez la creacion, como hemos indicado en otra parte, de un imperio godo sobre las ruinas del imperio romano, á través los Pirineos, y dirigiéndose sobre Barcelona, se apoderó de ella en el año 414 de la era cristiana.

Todo hace creer en la existencia del proyecto de que hacemos mérito por parte del monarca godo, pues á no ser así no podria explicarse la razon del paso de los Pirineos, porque donde el enemigo le hostilizaba era en la Galia Narbonense y no en España.

Algunos escritores creen que Honorio, en los buenos tiempos de

su amistad con Ataulfo, habiale hecho cesion, no solamente de la Galia Narbonense, si que tambien de la parte oriental de España mas próxima á la falda de los Pirineos. Opinan otros que, siéndole desfavorable la suerte de las armas en los primeros encuentros que tuvo con los soldados de Constancio, vióse obligado á huir de aquel país, buscando otro nuevo en donde establecerse.

Pero Jornandes, el gran historiador de los godos, opina que Ataulfo habia hecho ya cruda guerra á los vándalos de España; y este testimonio, que para nosotros tiene gran importancia, nos mueve á creer que Ataulfo pensó desde luego en la destruccion de todas las hordas de bárbaros que infestaron nuestro país para crear en este una monarquía estable y poderosa.

Y de esta nuestra opinion, que se muestra casi completamente justificada por los hechos subsecuentes, participan tambien algunos de nuestros historiadores modernos.

Tal vez si á Ataulfo no le hubiera cortado la vida la homicida arma de un asesino, hubiera realizado su propósito; pero el ambicioso Sigerico, asesinandole en Barcelona á pretexto de la flojedad con que hostilizaba á los romanos, inutilizó todos sus esfuerzos.

Incapaz era el nuevo rey ni de hacerse estimar de sus vasallos, ni de proseguir y llevar á feliz término el proyecto de su antecesor.

Lleno de odio hacia los imperiales, no pudo librarse de él ni aun la familia de Ataulfo, á cuyos hijos y á cuya esposa trató inhumanamente en el mero hecho de su procedencia romana.

Hizo degollar á los seis hijos que aquel dejara, y Placidia se vió obligada á caminar delante de su caballo por espacio de doce millas á pié, y mezclada entre otra multitud de romanos, hechos esclavos tambien.

Y en vano era que algunos de sus oficiales trataran de hacerle comprender todo lo inhumano é inconveniente de la conducta que seguia.

Ni daba oido á las razones, ni atendia mas que á su capricho, capricho sanguinario y cruel, mas á propósito para crearle poderosos enemigos que para captarle la simpatía general.

Y no tuvo en cuenta que ya los godos de entonces no eran aquellas primitivas masas que, sin haber salido jamás de sus bosques, no conocian otra cosa, ni sabian que la voluntad del hombre fuese bastante para arrebatar el poder al que le disfrutaba.

No comprendió que los godos habian visto de qué manera los romanos cambiaban de señor, y que él mismo acababa de darles un ejemplo de lo poco que valian los monarcas cuando la traicion trataba de deshacerse de ellos.

Nada de esto tuvo presente, y semejante imprevision le fue fatal.

A los siete dias de su reinado sucumbió asesinado tambien; castigo providencial de quien por medio del asesinato ocupara un trono al cual no tenia derecho alguno.

Por sucesor de Sigerico quedó nombrado Walia, de quien mas adelante nos ocuparemos, pues en este último asesinato terminan ya los historiadores á quienes hemos tomado por modelo la época romana, y comprendemos que positivamente en este lugar debe quedar terminado.

Tristísimo espectáculo es el que se ofrece á la vista á la terminacion de este periodo.

Bárbaros ejércitos en España se agitan pugnando unos contra otros por destruirse, mientras que otros menos salvajes que ellos tratan á la vez de arrebatarles la posesion de aquel país tan codiciado, á pesar de las desventuras que han llovido sobre él.

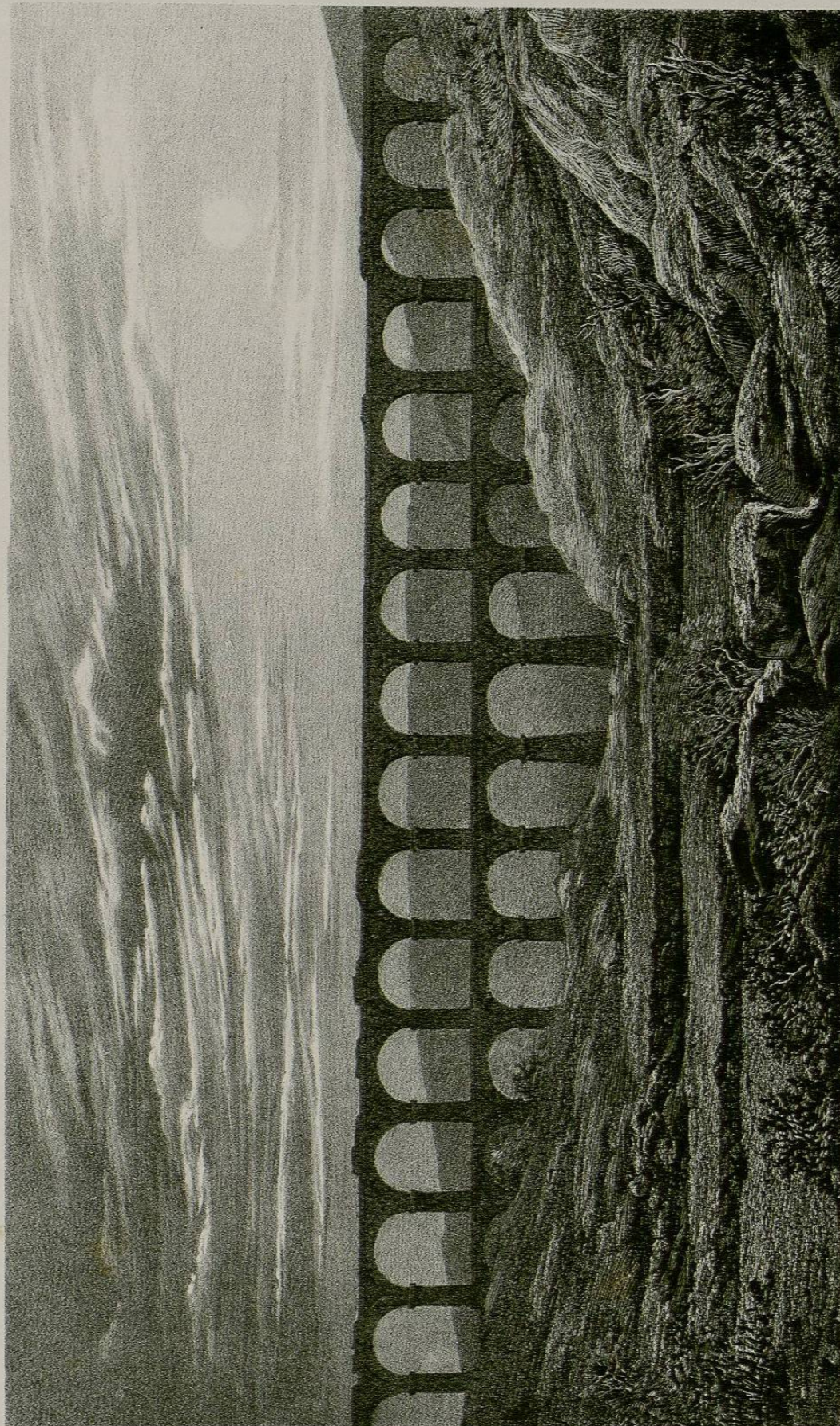
En Italia, la capital del que en un tiempo se habia apellidado orgullosamente el Pueblo Rey, horriblemente saqueada y convertida en escombros, ofrecia un triste ejemplo de la suerte que cabe á las naciones cuando el dedo inexorable de la Providencia marca el término de su poderío.

El vasto imperio de Occidente se desmoronaba á pasos agigantados. A los emperadores guerreros habian sucedido los emperadores disolutos y corrompidos, y la púrpura imperial manchada de cieno se rasgaba en jirones que cien vulgares ambiciosos se disputaban sin cesar.

Moralmente estaba ya abolida la dominacion romana en España; sin embargo, todavia quedaba sentado sobre el trono de los Césares una sombra de monarca, un imbécil coronado que seguia gobernando á súbditos que ya no tenia, y dando leyes que por nadie eran respetadas.

Pueblos modernos se confundian con los pueblos antiguos, cien elementos distintos chocaban entre sí, y una sociedad nueva estaba fermentando entre aquella masa colosal formada por las ruinas, por la corrupcion, por la devastacion y la sangre.

Aun no podemos dar por terminada la dominacion romana, pero tampoco podemos fijar positivamente el desenvolvimiento de la nueva sociedad; por eso aprovechamos este período de elaboracion, por decirlo así, este paréntesis entre un pueblo que muere y otro que nace, para ocuparnos con la detencion que merecen de la sociedad que termina, de su sistema territorial y político, económico y administrativo, á fin de que pueda apreciarse debidamente en el lugar oportuno toda la importancia del cambio tan radical que se va á operar en ella.



ACUEDUCTO DE TARRAGONA.

Riera Editor, Barcelona, Bohador, 84 y 86.

(1) Crónica de Idacio.